

## ¿Son de antología?

★ *El optimismo progresista*

**C**ONVOCADO por los organismos culturales del FIDEL se cumplió durante dos días un "Encuentro de Intelectuales Progresistas" que en los hechos reunió maestros, pintores, profesionales, y escritores de dicho partido político, más algunos intelectuales independientes. Dos días no son suficientes para analizar los problemas de tan distintas disciplinas, ni para aportar un examen renovado y preciso de los específicos problemas de las letras nacionales.

De ahí que la declaración que prepararon los escritores participantes del Encuentro resulte eficaz en la reiteración de algunos reclamos que vienen formulando los escritores desde hace tiempo, pero no propone ninguna nueva consideración documentada sobre la situación de la cultura nacional. Dicha declaración pide mayor intervención del estado para la producción y divulgación del libro, la creación de una editorial de estado, el abaratamiento del libro, la inclusión en los programas docentes del estudio de las letras nacionales, y simultáneamente "intensificar la lucha clarificadora de los problemas sociales con el fin de aprehender una conciencia nacional".

Ya desde la denominación utilizada ("intelectuales progresistas") se presiente ese viejo espíritu (ánimos) que presidió las luchas del antifascismo, antes de la segunda guerra mundial, y ese optimismo algo crédulo persiste en las fórmulas (confiadas) acerca del papel del intelectual ("es innegable que los escritores son de los más poderosos vehículos de difusión de las ideas, transformación de los hechos y creación de valores de conducta y acción"). En época de cine, televisión, gran prensa, parece estar más cerca de la verdad la comprobación humilde de Sartre de los implacables límites dentro de los cuales realiza su función el escritor. Y es Sartre quien lo comprueba. Apelar a la vinculación con "el pueblo" es la salida prevista para sustituir esa debilidad intrínseca con la fuerza que se desprende de las agrupaciones masivas, y conduce al intelectual —según el esquema que caracterizó a Marx— a su incorporación como ideólogo, no del pueblo en general y abstracto a que refiere esta declaración, sino de una determinada clase social.

En todo caso no parece la mejor definición del pueblo, esta: "fuerza imbatible y gran muralla en la contención del mal", que hace intervenir una vaga, sorprendente, concepción maniqueísta del mundo que no imaginábamos propia de los intelectuales "progresistas".

**EUGENIA** —Stein de Alberti —cuya tarea pedagógica es conocida y apreciada— acaba de publicar (en editorial Medina) una antología de textos literarios destinada a los estudiantes de español de primero y segundo año de Liceo, con características tan novedosas que obligan a una atención crítica, no sólo docente.

Dos rasgos sobresalen. Se trata, primero, de una antología exclusivamente dedicada a nuestra literatura (Ayer y hoy en las letras uruguayas, se llama) con la cual la autora decreta, audazmente, que el aprendizaje de la lengua puede hacerse también en los autores de este rincón de la comarca hispanoparlante y no obligadamente, como era la tradición, en las crestomatías que se inician con el conde Lucanor y recorren largos años de la literatura peninsular. Aunque la extracción del criterio nacional pueda ser muy discutible, bienvenida sea en cuanto apunta a una valoración y dignificación del español americano. Y yo agregaría que la prosa de Pérez Castellano me resulta más sabrosa y cercana que muchos empingorotados hablistas de la España del XVIII.

En segundo término, y también audazmente, E. B. de Alberti reconoce como integrantes legítimos de la cultura literaria del país a los escritores surgidos, según su esquema, después de 1941, y les confiere un espacio que muchos estimarían excesivo. Eliseo S. Porta, C. Martínez Moreno, Mario Benedetti, E. Rodríguez Monegal, Idea Villarín, Luis Castellá Angel Rama, Carlos Brandy, Julio C. Da Rosa, Mario Arregui, Carlos Maggi, J. Medina Vidal, Washington Benavidez, Narry Barceló, aparecen así, muchos por primera vez, en un volumen de lecturas juveniles. También hay aquí extracción que delata el espíritu polémico con que ha sido preparado el libro, y la selección de textos de los autores que no es siempre convincente. Aunque reconozco que Quetli es un autor difícil de antologizar para adolescentes, pienso que se podría haber encontrado algo mejor en El astillero. En cambio pocos autores modernos calzan tan bien en esta antología, como Mario Arregui, con su sutil cuento *Tras hombres*. Pero la actitud de atender a la modernidad (se trata de una literatura que ya tiene sus veinticinco años de vida) también sea bienvenida, más allá de las discrepancias de detalle.

El volumen testimonia esa preocupación nacional adulta que caracterizó progresivamente a la generación de escritores de 1938.

Antonio Gundín